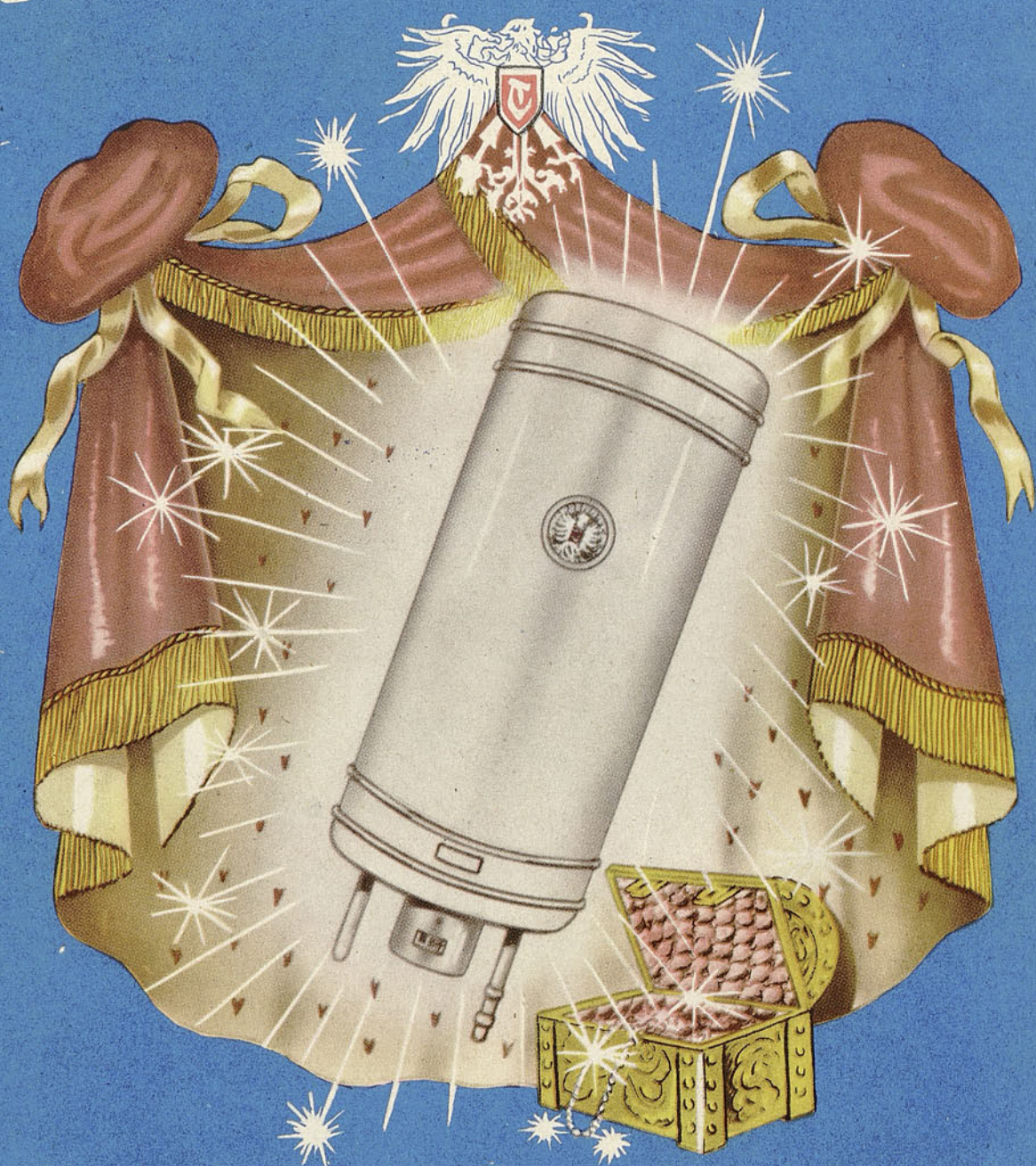


E12 Viaje

Edición N.º 274 — Agosto de 1956 — Precio: \$ 50.00



UNA JOYA PARA SU HOGAR



**AGUA CALIENTE A TODA HORA
CON TERMO-ELECTRICO**

Trotter Special

SAN PABLO 3801 — TELEFONO 92836 — SANTIAGO



Recepción de Imp. y Bñl.

6 AGO 1956

Deposito legal

En viaje

REVISTA MENSUAL

AGOSTO

1956

EDICION N.º 274

AÑO XXII

Director:

MANUEL JOFRE N.

Teléfono 61942

Sección

Propaganda y Turismo

FF. CC. del Estado

Teléfono N.º 61942

Casilla 124

Estación Mapocho

Santiago

NUESTRA PORTADA:

PARQUE PROVIDENCIA

SANTIAGO

Foto: H. ESPINOSA C.

Deportes de montaña

Al contemplar la conformación geográfica de nuestra patria es fácil darse cuenta que es un país de mar y montaña, en que la parte llana es escasa, y dónde en su larga y angosta fisonomía el macizo andino alcanza impresionante altura en las zonas norte y central, para disminuir notablemente en la región sur y desaparecer por último en el océano en la extrema latitud austral, y ofrecer en toda su extensión propicias laderas y desafiantes cumbres para la práctica del deporte de montaña. Además, Chile ostenta la mayor altitud del continente, "El techo de América", lo que fué comprobado en la memorable fecha del 6 de febrero del presente año, día en que el esforzado capitán de ejército don René Gajardo ascendió el Ojos del Salado y señaló que su altura alcanzaba a 7.150 metros, o sea, 285 más que el Aconcagua, considerado hasta ese momento como la máxima elevación del continente americano.

La enhiesta y elevada montaña que limita el paisaje chileno y le da un realce de sublime grandeza, depara al visitante magníficos escenarios para el esquí y el andinismo, que en Chile desgraciadamente no han alcanzado el desarrollo que merecen, aunque nuestras canchas de Portillo, Farellones, Lagunillas y Lo Valdés, en las inmediaciones de la capital, cuentan con medios suficientes para el cultivo de estos deportes. En el sur, Chillán, Llaime con su exótica foresta y las hermosas canchas de La Picada y Antillanca, en la provincia de Osorno, forman también un conjunto de notable atracción.

En esta oportunidad, es indispensable hacer notar que las asociaciones o clubes de esquí y andinismo, que tanto han hecho por difundir estos nobles deportes, como también propiciando la construcción de caminos, refugios etc., para aprovechar así considerables ventajas naturales de nuestro país, necesitan el máximo de estímulo y ayuda material, tanto de los particulares como del Estado.

ATENCIÓN SECCION PROPAGANDA Y TURISMO
FF. CC. DEL ESTADO
CHILE

El poeta González Bastías

Por GONZALEZ VERA

Lo conocí en casa de Gabriela Mistral en 1918. Su aspecto era de campesino acomodado. Su cabellera empezaba a encanecer y un mechón avanzaba sobre su frente. Qué expresivos eran sus ojos. La voz manábale trémula y, de repente, cuando dejaba de hablar, exhalaba un suspiro.

En sus palabras, en su actitud, en su persona toda había un halo fraternal que le permitía armarse a un grupo de escritores jóvenes o maduros y vibrar con ellos. Donde se hallase nunca la conversación caía en lo vulgar.

Nació en Nirivilo en mayo de 1879. Su padre era de Cauquenes y su madre, de Constitución. Estudió en el Liceo de Talca. En una pensión conoció a un muchachito —Jerónimo Lagos Lisboa— que, como él, sería poeta. Cuando Jorge González Bastías dejó atrás el tercer año de humanidades, un hada empezó a ponerle en sus manos libros de poemas y revistas en donde venían versos de Pedro Antonio González. Cuán difícil es darse a las lecturas literarias y leer también geografía, gramática o física.

Sus compañeros considerábanle ya más ocurrente que estudioso. No fué una rareza que, al dar el quinto año, lo reprobaran. Al parecer sintió voces que le aconsejaron escribir versos y ninguna que lo instara a los estudios regulares. Sus cuadernos servíanle para borrar estrofas.

Fué a la propiedad que su familia había comprado en Infiernillo, frente al Maule. Ayudó en los trabajos, ambuló por los cerros, hizo largas travesías en lanchas, pero volvió a oír voces y se empleó en Talca. Luego aparecieron en periódicos locales sus versos. Era el intermedio para fortificarse, porque fué a dar a Santiago apenas comenzó el siglo. Colaboró en "El Imparcial". En 1901, la famosa revista

"Pluma y Lápiz" insertó poemas suyos. No demoró en conocer a poetas líricos y cómicos, a cuantos escriben, pintan, representan o crean algo. Se hizo querer por su buena naturaleza. En 1905 se hizo amigo de Víctor Domingo Silva, que vino del Puerto a ocupar la tribuna del Ateneo de Santiago.

Con los años, antes de cumplir los treinta, lo llamó a gritos la serranía de Infiernillo. No pudo desoirlo, y allá se quedó para siempre, pero retornando pasajeramente a la capital tres o cuatro veces por año, y visitando Talca y Constitución, extremos cercanos del lugar en que vivía. En Talca hallábase el núcleo de sus compañeros: Jerónimo La-



El poeta Jorge González Bastías

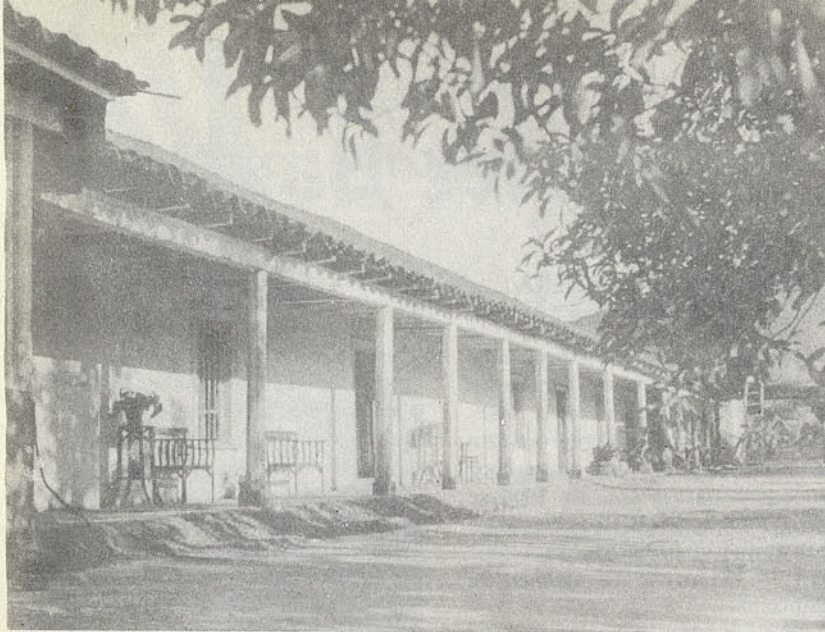
gos Lisboa, el periodista Aníbal Jara, Domingo Melfi, dentista y escritor, y los magistrados Enrique Escala y Ramón Meza. Estos eran sus predilectos. Dado su carácter, era el hermano de todo el mundo.

Infiernillo es una estación y apenas una aldea. Se ve una que

El domingo 27 de mayo de este año, la Estación Infiernillo cambió su nombre por el de "Poeta González Bastías", que residió casi toda su vida en esa aldea. Asistieron al acto D. Manuel Rojas, Presidente de la Sociedad de Escritores de Chile; doña Maite Allamand y doña Chela Reyes de Meléndez, por el PEN Club; D. Leoncio Guerrero, por el Sindicato de Escritores; el Sr. Gobernador y todas las autoridades comunales, y en representación de la familia del poeta, D. Emilio González. En la ceremonia, además de los escritores, habló el Sr. Jefe de Estación en nombre de la Empresa de los Ferrocarriles.

otra casa perdida entre el monte. No hay ninguna calle, pero sí la ferrovía que une Talca a Constitución.

A la izquierda de la estación, en el faldeo del cerro, está la casa del poeta. Desde la vía se ve un murallón alto, con unos cuantos ventanucos. Por su costado derecho, a poco andar, se desarrolla una galería de vidrio, por la cual se penetra. Hay allí todo lo necesario para sentirse cómodo. Acogedores sillones, mesas, periódicos, libros, muros con cuadros y la vista de un parque de árboles añosos, flores y bancos rústicos. Por el lado derecho se entra a un salón espacioso y luego se hallan un gran comedor y otro de emergencia. Este da a un corredor muy dilatado, semejante al de las casas patronales. Sigue un gran patio con árboles y parrones. En ese lugar se busca la vida un centenar de patos. Si uno se va por la orilla pasa por unas bodegas oscuras en que hay fudres inmensos y medianos en los



Residencia del poeta González Bastías en "Infiernillo"

que caben, si el año es bueno, quinientos mil o más litros de chicha o vino. Se escapa de las bodegas un perfume dulce y penetrante. Solamente hay que estar muy enfermo del estómago para no quedarse en las bodegas. En donde terminan éstas, torciendo a la izquierda, hay chiqueros con cerdos gigantes y cochinillos tiernos que esperan alcanzar la corpulencia de sus progenitores.

La galería conduce al escritorio en que, junto a los papeles y libros, tienen su sitio mil muestras de minerales. Más adentro se encuentra la biblioteca y luego el dormitorio del poeta, y en un vasto espacio que uno adivina esperan otros aposentos con camas en no escaso número.

El poeta solía tener su casa llena de invitados. Entonces, si bien disfrutaba lo indecible, estaba roído de zozobras, temiendo que si llegaban otros no podría hospedarlos con holgura. Y apenas partían los visitantes, emprendía la construcción de nuevos dormitorios.

Compartía su existencia con su madre, una hermana soltera, otra viuda y dos sobrinos. Sin embargo, era tan sociable que esperaba el paso de los trenes muy alerta, sea para rogar al conocido que se quedara a comer con él o, al menos, para desearle feliz viaje.

En 1911 salió su primer libro: "Misas de Primavera". Contiene poemitas con olor a campo, finas viñetas que dejan transparentar su carácter y poemas en que in-

voca el amor y el vino, éstos como contribución a las constantes de la época. En sus libros posteriores, el amor adquiere dimensión universal.

Su sensibilidad tan viva lo hace sentirse casi culpable de los males ajenos: acude en ayuda del menesteroso de turno, protege al enfermo, ampara al perseguido. A unos les da dinero, a otros los lleva al hospital, a éste lo afianza, le pone el hombro a todos y a todo; pero cuanto hace le parece exiguo. Entonces se interesa porque haya buenos alcaldes; busca hombres probos para que vayan al parlamento; interviene ardorosamente en las contiendas electorales. Se desengaña pronto. No obstante, los míseros y los justos de la comuna no se desengañan de él y le obligan a ser alcalde poco menos que vitalicio de la comuna. Con los pocos recursos que están bajo su custodia, mejora caminos, abre escuelas y establece retenes de policía, porque la pobreza crea bandidos y cuatros.

Una noche, ya tarde, alguien golpea la puerta con el rebenque. Le abre el poeta y lo invita a bajarse. Aquel expresa que la obscuridad de la noche lo ha extraviado. González Bastías insiste en que se apee, pernocte en su casa en donde hay algo que comer, una cama pasable y amigos con quienes conversar. Además, agrega, el tiempo amenaza lluvia y los caminos son inseguros, pues, se dice, ha llegado a esos contornos una banda de cuatros capitaneada por un hombre peligroso, llamado "El Tor-

do". Responde el extraviado, a la vez que se afea, que a nadie teme porque lleva su revólver y algo más (un pavoroso puñal).

De alba, monta el hombre en su caballo. Le pregunta al poeta por su nombre para recordarlo siempre:

—Llámeme amigo suyo —responde afectuosamente el poeta.

El hombre le tiende la mano.

—No sabe cómo estoy de agradecido. Mi nombre es Pedro Roa, alias "El Tordo" —y parte al galope.

En el escritorio del poeta se juntan los libros en altas rumas. Son de sus compañeros de Santiago y de admiradores del extranjero. Al recibirlos, los mira, los hojea apenas y, recordando todo lo de excelente que tienen sus autores, se siente feliz, y suspira, y allí quedan. Adivina lo que dicen; por un verso sabe el tono de los demás. Quizás aprenda más oyendo, porque escucha con el alma. Se hace cargo de cuanto expresa su interlocutor y luego medita, asocia, imagina y hace suyo el pensamiento de aquél. Oye hablar de Bergson a una señora muy culta, y cuando ésta le pide su parecer, da respuestas atinadas, justas.

La señora le pregunta:

—¿Cuáles obras de Bergson ha leído?

—Ninguna, confiesa el poeta.

—¿Y cómo conoce tan bien su pensamiento?

—¡Ah! Sara y Jorge Hübner, que saben tanto, suelen hablarme de este autor. Y suspira.

Le gustó la historia de Chile, la geología también, la astronomía y para qué decir cuánto más la mineralogía. Apoyándose en su grueso bastón caminaba por los cerros en busca de minerales. Era incansable para reconocer los bancos de guijarros del Maule y de los riachuelos comarcanos en donde solía encontrar un ópalo y tal cual vez una rubia ágata. Poco a poco, atenuado por el deseo de tener recursos para el poverío que lo circunda, se va haciendo minero. Es por lo demás bastante excepcional que un poeta chileno no lo sea alguna vez. Consigue descubrir oro, lo explota, pero al hacer la cuenta advierte que de haberlo comprado le hubiese salido por la mitad de su costo. No se desilusiona y sigue explorando las serranías.

Una noche llega anhelante a casa de Jerónimo Lagos Lisboa, en Talca, en donde se hallan otros escritores. Viene fatigado, trae un pesado maletín. Mira a todos con su mirada pura y, trémulo, exclama:

—¡Hermanos, todos seremos inmensamente ricos! —Y vacía en una mesa el contenido. Son pedruzcos de oro. ¡Qué alegría, qué regocijo entra al corazón de los amigos; surgen mil proyectos generosos, y aunque es de noche, ven el porvenir radiante. Al llegar el nuevo día y examinar los minerales, se comprueba que no contienen oro. ¡El sabio Merlín los había cambiado!

Sigue el tiempo su curso misterioso e indiferente. El poeta continúa mirando por las orillas pedregosas de los riachuelos. Y nuevamente entra al cuarto del poeta Lagos Lisboa, con un saco de mano, muy tranquilo y el mirar siempre iluminado. Esta vez son hermosas piedras de colores, transparentes algunas, que el poeta, gracias a fotografías en colores de piedras preciosas que ha pegado en la pared, puede reputarlas de ágatas, esmeraldas, deliciosas turmalinas, ópalos y azabaches arrebatadores.

—Desgracia es que nuestras tierras sean pobres —expresa el poeta—, pero al menos hay esta riqueza mineral que puede traer un poco de felicidad a los más pobres.

Por desventura, no hay a mano un lapidario, y si lo hubiese, ¿con qué se pagaría su trabajo más elevado que el de los guijarros de color?

La generosidad le era casi obligatoria: "tenía la obsesión de la ofrenda interminable: ternura, dinero, presentes". En cada ser veía un milagro. No dejaba de asombrarle que el Altísimo echara al mundo criaturas tan interesantes, tan prodigiosas. La mujer de cuerpo sarmentoso, de po-brísimo atavío y de espíritu aún vegetal, era para él doña Josefina; el campesino astroso, sumido en la más negra miseria, servidor del morapio, abatido por la ignorancia, se convertía en don Juan. Sentíanlos parte de una sociedad selecta, altísima, sólo circunstancialmente desgraciada. Los montañeses, elevados por el tratamiento y el acento tan afectuoso del poeta, le pagaban en respeto y consideración. Cuando él estuvo enfermo, y sabíase que una medicina no podía llegar, alguien volaba a caballo por los



González Bastías y la escritora Estella Corvalán

ásperos senderos de los cerros y se la traía. Si el médico quedaba a medio camino, era conducido a la casona poco menos que en volanda.

Aunque González Bastías sentía aprecio universal, experimentaba un placer inigualable cuando podía presentar a un prójimo de su tierra:

—Este joven tiene tierras en Nirivilo, su padre lavó arenas auríferas en Purapel. Y luego de mirarle con ternura, poníale su mano en el hombro y suspiraba con un suspiro que sus amigos nunca podían confundir con otro suspiro humano.

En sus obras posteriores: "Poesma de las tierras pobres", "Vera rústica" y "Del venero nativo", su sensibilidad enfoca el campo, el río, los lavaderos de oro y la vida de los mineros. Con menos frecuencia se extasia ante la naturaleza pura.

Lagos Lisboa se pregunta de dónde proviene la sabiduría de Jorge González. ¿Dónde está el manantial inexplicable? Tal vez fluye de sus coloquios con el silencio y la soledad. Sus atisbos y verdades están más allá de las conversaciones y los textos.

Al partir don Ramón Meza de Juez a Iquique, el poeta, en una comida con que se despidió a aquél, le advierte y le pide: Verás muchos dolores que nunca ha visto nadie: ¡harás tuya la herida!

Jorge Hübner le escribe pidiéndole un pedazo de terreno para un amigo que desea iniciar allí vida de ermitaño. González Bas-

tías recuerda que un solitario fué asesinado por un desconocido al cual dió albergue de noche. Otro, de origen alemán, también ermitaño, vive algo más lejos y se sustenta de lo que le produce un rebaño de cabras. Cuando la gente calcula que el alemán ha reunido un caudalito, dos o tres desalmados asaltan su cabaña, le dan una pateadura tremenda y lo desvalijan, salvo de las cabras. Estas experiencias lo mueven a responder que con gusto proporcionará tierra y elementos para alzar una choza; pero estima que la situación de los ermitaños, en esa región, no es buena.

Nadie dijo nunca que tuviera tal defecto, ni mencionó sus debilidades ni le hizo reparos. Tenía a su favor la unanimidad. Era muy moderado. No se enorgañaba ni con el más humilde de sus conocidos, pero era inconformista permanente. Oyéndole parecía que las fallas humanas, la injusticia, la voracidad de muchos ricos, los malos usos, eran una regresión de poco tiempo atrás, y no males antiguos, tan viejos como los instintos.

Había nacido para ver rectamente las cosas y, sin daño para nadie, defendía como nadio esa condición de su naturaleza.

Su piedad, su manera de ser, no derivaban de ninguna posición ideológica. Venían en su sangre. Era de esos hombres que la humanidad echa al mundo con su qué, con un designio, acaso para sugerir a los otros que es así, solamente así, como un ser es un hombre cabal.

G. V.

Exija AMPOLLETAS PHILIPS

